

# ENTRE RIO Y MAR

ANTONIO FELIX FERNANDEZ

## INDICE

1725 EL EJÉRCITO .....	3
SEVILLA.....	32
1727 GIBRALTAR .....	33
DON BLAS DE LEZO .....	35
1730 CADIZ.....	37
LA POSADA .....	38
NÁUFRAGOS.....	39
YUCATÁN .....	40
LA PARTIDA.....	41
1731 CORSARIO .....	42
1741 CARTAGENA de INDIAS .....	42
LA GUERRA.....	45
1747 EL GLORIOSO .....	46
NOTA DEL AUTOR .....	49

## 1725 EL EJÉRCITO

–¿Cómo te llamas?

–Pedro Malasaña.

–¿Qué más?

–Malasaña Suarez.

Aquel amanuense de artillería soltaba las preguntas como cañonazos, no sé si lo hacía para asustarme o para darse importancia.

–¿Edad?

–Diecisiete.

–¿Natural de...?

–Triana...–dije lo de Triana para despistar.

–De Sevilla burro...de Sevilla...–dijo levantando la vista del libro.

–¿Dirección?

–¿Qué dónde vives?–repitió ante mi silencio.

–En Triana...en la calle Larga...–me apresuré a decir, ante la mirada del escribiente.

–¿Sabes leer y escribir?

–¡Sí!

–¿Algún oficio?

–Ayudar a misa...

Le solté aquello para ver si lo impresionaba pero no se inmutó.

–¡Eso sabe hacerlo todo el mundo! ¿Algo más?

–Pescar, sé pescar.

–Pescador –anotó en el libro.

No me quedé muy convencido con aquello de pescador pero no le di mayor importancia, quería que me dieran el uniforme lo antes

posible, así que no quise aclarar nada más. Me preguntó si tenía alguna enfermedad contagiosa y cosas así que ya no recuerdo.

A continuación me raparon la cabeza y dieron el uniforme, por fin podría verme de soldado. Las calzas me quedaban grandes, menos mal que tenían un cordón para ajuste. La casaca me estaba bien porque me pude probar unas cuantas, eran de segunda mano pero no importaba, blancas o más bien de color crudo amarillento, con botones dorados. Las solapas eran de color rojo y también las mangas tenían una gran vuelta roja, cuya utilidad desconocía pero hacia bonito. Además me entregaron un chaleco también rojo, medias y camisas blancas y zapatos negros. El sombrero de tres picos parecía un candil; con un adorno rojo al que llamaban cocarda y que me llegaba hasta las cejas. Los veteranos le llamaban la piojera.

Un soldado me acompañó al alojamiento.

Era una gran tienda de campaña de las muchas que había en el campamento a la que llamaban compañía.

Me había tocado en suerte la 1ª Compañía del 2º Batallón del Regimiento de Infantería de Sevilla, con idea de pasar posteriormente a un destacamento de artilleros, ya que estos no me querían por no tener 18 años.

Me asignaron una cama y un baúl para meter la ropa. Los soldados miraban con curiosidad mi llegada, era el más novato y el más joven de todos, pero había otros que como yo acababan de llegar.

—¿Cómo te llamas? —preguntó el que estaba en la cama de al lado rascándose el cogote—, yo me llamo Andrés y soy de Castilla.

—Pedro, Pedro Malasaña, soy de Triana.

—¿Cómo te dio por venir aquí? Por la ropa que llevas pareces de

buena familia. ¿Es que te has escapado de tu casa? –preguntó Andrés.

–Me gusta el uniforme y la vida militar, aunque lo que me gusta realmente es la Artillería –manifesté sin contestar a la segunda pregunta, ya estaba cansado de que me miraran las ropas, estaba deseando ponerme el uniforme y ser igual que los demás.

–A mí también, espero que no tengamos que arrepentirnos.

–Tengo un amigo que se ha enrolado en la Marina, pero creo que eso es peor –dije pensando en Juan.

–Creo que sí, aunque tiene la ventaja de llevar todo puesto, quiero decir que no es como nosotros, que tenemos que llevar el material en la espalda o en carros –dijo Andrés.

Estábamos sentados en el borde del camastro que estaba formado por varias tablas apoyadas en dos cajas y un jergón que parecía de paja, había otros soldados veteranos que escuchaban lo que hablábamos en el camastro de al lado. Uno de ellos con enormes bigotes, nos contemplaba, como si fuéramos algo raro.

–Así que le gusta la artillería. Al señorito le gusta la artillería. Pues no sabes dónde te has metido jovencito, ahora eres un simple soldado como todos nosotros, tus aires de nobleza quedaron en la calle –dijo el de los bigotes grandes.

–Bueno, ya lo sé, pero es lo que yo quiero, la artillería me gusta y sea como sea la probaré, siempre será mejor que la infantería. Y no me llames señorito, me llamo Pedro –dije.

–Yo conozco un soldado de artillería y me ha contado muchas historias, gana más que en infantería. Creo que esto es peor –dijo el de Castilleja.

Iba a decir que el dinero no me importaba, lo que yo quería era ser artillero, aunque no me pagaran nada, pero callé la boca, sabía que dirían que era porque yo tenía dinero.

–Lo que no te dije ese soldado es que muchas veces no cobras, o te pagan con tres meses de retraso –el veterano se expresaba con un acento extraño–, por ejemplo ese camastro donde estás sentado no es solo tuyo; lo tienes que compartir con otro soldado además de los piojos y chinches. El baúl también lo tienes que compartir. Tienes suerte que ahora está de permiso mucha gente. Tendrás que acostumbrarte a dormir vestido y a comer una vez al día.

–Tú no eres de Sevilla ¿verdad? ¿Cómo te llamas? –pregunté.

–Marcos, Marcos Pérez y soy valenciano.

–¿Y tú? –dije mirando al compañero.

–Tomás, Tomasiño para los paisanos –aquel acento gallego me trajo recuerdos del seminario, había un padre de Coruña que tenía un acento muy parecido.

–¿Eres de Coruña?

–De por allí cerca, ¡caráyo!

Tomasiño era un pelirrojo de unos treinta años, de mediana estatura y bastante fuerte, la cara rubicunda estaba marcada por una gran cicatriz que le cruzaba desde la oreja hasta el mentón, sus ojos claros miraban fijamente, tenía un aire sereno y tranquilo a pesar de la cicatriz que le desfiguraba el rostro.

–No eres el primer gallego que conozco –le dije–, andaluces y gallegos siempre nos hemos llevado bien.

–¿Cómo has llegado a Sevilla, allí también hay ejército? –preguntó el de Castilleja.

–De casualidad, perdí toda mi familia cuando lo de Rande; solo me quedaba una tía en una aldea que se llama Porriños, me llevaron con ella y viví cuidando vacas, cuando cumplí los catorce años me enrolé en un pesquero de Huelva que había llegado a Vigo. En la pesca del bacalao estuve hasta los dieciocho. Una vez entramos en Sevilla, a descargar y me quedé, el ejército me gusta,

ya llevo doce años.

—¿Qué es eso de Rande? —pregunté.

—¿No lo sabías? Claro, tú no habías nacido aún.

«Fue en el año 1702, yo tenía siete años, era muy pequeño, pero no se me olvidará jamás. Vivíamos en un pueblo llamado Redondela, en la ría de Vigo. Con mi madre bajaba a diario a la playa a mariscar. Mi padre estaba en la pesca; salía todos los días muy temprano y volvía por la tarde con las capturas del día. Una mañana entró una enorme flota de galeones, nunca habíamos visto nada igual por allí. Decían que era la de Indias, cargada de tesoros para el Rey, también venían barcos franceses.

»Vino mucha gente a descargar los galeones, mi padre también se quedó a descargar porque pagaban bien. Carros y carros tirados por mulas salían por todos los caminos en dirección a Pontevedra. Los soldados habían hecho una requisita en nombre del Rey; se llevaron todos los bueyes, caballos y mulas que encontraron en las aldeas. Para descargar los tesoros se utilizaron todas las embarcaciones que había disponibles. Llevaban varias semanas descargando los barcos.

»Un día todos los hombres de la playa empezaron a correr de un lado para otro, “que vienen los ingleses”, gritaban. Mi madre me agarró de la mano y corrió para alejarse de la playa. Pronto empezaron a oírse cañonazos por todas partes; de los castillos de Rande y Corbeiro no paraban de tirar.

»Fueron apareciendo barcos grandes, más y más, hasta que ya no podían siquiera maniobrar dentro de la ensenada. Desde mi casa en la ladera de un monte veía los barcos entre nubes de humo, unos estaban ardiendo, otros se volcaban y se hundían. Algunos disparaban contra el pueblo y contra el convento de la isla de San Simón. Después vinieron los soldados con sus armas, tiraban a todo lo que se movía, violaron a las mujeres y saquearon las casas.

»Yo corrí al monte y me oculté hasta que se fueron. Desde arriba vi los barcos con muchas banderas, tiraban de otros para llevárselos. Cuando bajé, el pueblo estaba ardiendo sembrado de cuerpos ensangrentados; encontré a mi madre muerta, mi padre también murió en la dorna que tenía. Después vino mi tía y me llevó a Porriños, el resto ya lo sabéis».

–Debió ser espantoso, sufrirías mucho, perder los padres así es para no olvidar mientras vivas, pero las guerras son así, unas veces son ellos y otras nosotros–dije compadeciéndome de sus sentimientos.

–Esos malditos me las pagaran. Lo juro por la «Santa Compañía». Tarde o temprano me veré las caras con ellos, entonces no tendré compasión –dijo airado Tomasiño.

–La venganza es un sentimiento que no debe anidar en nuestro corazón, no te dejará vivir –le dije.

–Hablas como un cura, si te hubiera pasado a ti ya verías –respondió airado.

–¿Y tú, de dónde eres?–le pregunté a Marcos el valenciano, dejando a Tomasiño rumiando su venganza.

–Soy de Alboraya un pueblito cercano a Valencia. Estoy aquí porque también soy huérfano; en el Ejército estoy como en mi casa, es mi casa, aquí tengo muchos amigos, es como mi familia.

El valenciano era un joven de unos veinte años, tenía una nariz alargada y unas grandes orejas que le asomaban por debajo de la peluca, sus ojos oscuros miraban nerviosos mientras hablaba, al hacerlo movía la cabeza como asintiendo a sus palabras.

–¿Habéis estado en alguna guerra? –preguntó el de Castilleja.

–¿Ves esto? –dijo el gallego, señalando la cicatriz que le cruzaba la cara –, es del sitio de Barcelona. En el año catorce, al final de la guerra de Sucesión todavía quedaban dos ciudades importantes que

tomar, Palma de Mallorca y Barcelona, yo acababa de llegar al Ejército, tenía diecinueve años –calló un momento como si pensara, para decir a continuación–, esa guerra no me gustó nada y prefiero no hablar de ella. Todas las guerras son duras, pero esa lo fue mucho más porque eran españoles los que estaban enfrente, dentro de la ciudad. El sitio de Barcelona fue muy penoso para todos. Total para poner en el trono un Rey francés que nos mande a todos los españoles.

–Eso mismo pienso yo. ¿Es que no se podía poner un Rey español y evitar esa desastrosa guerra? – dijo Marcos con todo el sentido común.

–Solo había dos posibilidades; o francés, o austriaco. A nosotros nos daba lo mismo uno que otro, eran cosas de los nobles y de sus intereses, son los amos de España. Nunca nadie entenderá esa guerra que dejó a nuestro país sumido en la hambruna y la miseria y como siempre, somos los más pobres los que pagamos las consecuencias –concluyó Tomasiño.

El silencio se hizo momentáneamente, hasta que...

–¿Qué tienes ahí? –dijo Tomasiño señalando el bulto que tenía debajo de mi camisa.

–Es un libro.

–¿Por qué lo llevas encima? ¿Sabes leer? –dijo el valenciano.

–Sí, sé leer y lo llevo encima porque me lo dejó mi madre cuando murió. Es un recuerdo de ella que llevo siempre conmigo.

–Léenos algo –dijo Tomasiño.

–Sí, léenos algo –dijo alguien por detrás del grupo que estaba sentado.

Todos los soldados se pusieron de pié. Era un joven con un uniforme distinto al de los soldados, debía ser un oficial por la actitud de respeto de mis compañeros.

Saqué el libro de debajo de la camisa, lo abrí por una página al azar y leí:

«Entre las gentes se dice, mas no por cosa sabida,  
que del Maestre de Santiago, la reina estaba parida»

Levanté la cabeza para mirar, todos estaban pendientes de mis palabras, me sentí importante por primera vez en mi vida, me daba cuenta que los conocimientos adquiridos en el convento me serían útiles a partir de ahora, aquellos años no habían transcurrido en vano.

»Entre unos es secreto, y entre otros se publica;  
el rey don Pedro está lexos, que nada desto sabía,  
porque si él lo supiese muy bien lo castigaría».

–Basta ya, es suficiente –dijo el oficial.

El oficial me pidió que lo acompañara fuera de la tienda.

–Soy el teniente Álvarez, y soy amigo de su hermano don Carlos; él me ha pedido que hable con vos, me dijo que no quiere que le ayuden, pero sí quiere saber cómo le va aquí.

–¿Cómo supo dónde estoy?

–Tiene muchos amigos en el Ejército –dijo el teniente.

–¿Es que no me dejará tranquilo nunca?

–Deberíais agradecerle sus desvelos, si necesitáis algo, o tenéis algún problema importante, acudid a mí –dijo de nuevo el teniente–, ahora os podéis retirar.

Al día siguiente muy temprano, de noche aún, tuve que levantarme del catre. Desde ese momento fui corriendo a todas partes, en el convento tenía que madrugar para rezar, pero en el

Ejército tenía que correr. La instrucción militar no me disgustaba, cosa rara, mis compañeros no paraban de quejarse, sobre todo Tomasiño; ellos se quejaban de todo, yo por el contrario lo hacía con gran entusiasmo.

Los compañeros me pedían que les leyera y contestara las cartas que recibían de la familia, que les pusiera en ellas palabras hermosas. Ya todos sabían que había estado en el seminario porque el capellán me llamaba para que ayudara en la misa. Tres meses después de mi llegada al campamento mi nombre era conocido por todos, oficiales, sargentos, cabos y soldados, Malasaña por aquí, Malasaña por allí.

Hasta que ingresé en el Ejército no había tenido más amigos que Juan, en el seminario toda la relación que tuve con los otros colegiales se había limitado a comentar los pasajes del Evangelio y las Sagradas Escrituras, era nuevo para mí estar rodeado de gente joven que hablaba de todo sin miedo a que hubiera un censor escuchando. Las Ordenanzas eran muy estrictas con los asuntos religiosos, estaba totalmente prohibido blasfemar y aquél que fuera sorprendido o denunciado podía ser castigado severamente.

Los que mejor me caían eran Andrés y Tomasiño. Andrés era un muchacho avisado y su forma de ser era muy parecida a la mía. Algo más bajo que yo y de pelo castaño, su cara morena por el sol apenas tenía barba, de lo que no estaba nada orgulloso. Me contó historias que habían desembocado en la separación de su familia, casi siempre por la posesión de tierras, las disputas eran frecuentes y él estaba cansado de aquella vida. Aunque le gustaba el campo, su pasión era el Ejército, los uniformes siempre le habían gustado y deseaba llegar a lo más alto. No era hijodalgo por eso lo tenía un poco difícil; su interés podía facilitarle el paso con el tiempo y alguna fortuna, a la escala de oficiales. Con Tomasiño, y pese a la diferencia de edad, tuve desde el principio una relación distinta, era

como mi hermano mayor. Me daba consejos, su experiencia era muy valiosa para mí, no paraba de preguntarle lo que sabía de la guerra, sus batallas eran muy interesantes. Como era bastante hablador no tenía ninguna dificultad para explicarnos sus vivencias.

Llegó el momento de salir a la calle, hasta entonces el mundo se había reducido al campamento, no me preocupaba la vida fuera de él, pero ahora que lo conocía bien, quería saber cómo era la vida en la calle para un soldado.

Para esto me preparé a fondo, lavé el uniforme y la camisa con agua muy caliente, así mataba a los piojos que anidaban en las costuras y de paso desengrasaba los pantalones y la chupa, que la mayoría de las veces eran objeto de mi atención cuando tenía las manos sucias. Repasé con hilo y aguja los desperfectos que tenía después de tres meses de servicios sin interrupción. Me bañé con agua y jabón del que me daban todos los meses; limpié los zapatos, me recogí el pelo en una coleta y me planté delante del cabo de cuartel.

–Permiso para salir mi cabo –le dije.

–¿Caramba Malasaña, qué mosca te ha picado, tú no sales nunca?–dijo rascándose la barbilla con la vara que tenía en la mano.

–Ya va siendo hora; he montado tantas guardias que parece que nací con el mosquete pegado a la mano, me deben tantas que si quiero puedo estar varios meses sin hacerlas.

–Bueno, después del Rosario puedes salir y que te diviertas, al anochecer te quiero aquí, antes de la retreta. ¿Has cobrado?

–Sí, tengo bastantes cuartos para gastar en lo que me apetezca.

–Pues a ver si te apetece traerme algo, que estoy muy achuchado.

Eso era como una orden, si no le traía algo la próxima vez me

costaría mucho salir, ya que me pondría mil y un impedimentos.

Iba muy derecho, pensaba que todo el que se cruzaba en mi camino se iba a fijar en mí, era un soldado de infantería, orgulloso de vestir el uniforme militar. Aquel fue un día grande, iría a mi casa para que me viera Ana; aunque después de saber que era la amante de mi hermano había dejado de interesarme, después haría por ver a mi hermano, al que odiaba sin saber exactamente el motivo.

Me detuve un momento en una gran fuente que tenía varios caños, de los que salía abundante agua que venía de Carmona, para refrescarme. Al inclinarme para beber me vi reflejado en el agua, a pesar de las ondulaciones de la superficie, llevaba mal colocado el sombrero.

–Estás muy guapo chiquillo –la voz de mujer venía del otro lado de la calle.

Sentí que me subían los colores, di media vuelta y vi una mujer mayor, vestida de negro, que me observaba desde la puerta de su casa.

–No me llame chiquillo mujer; soy un soldado de infantería –contesté airado por haber sido sorprendido mirándome en el agua.

–Claro, claro, un soldado muy apuesto, ¡caramba! –insistió la vieja.

Me coloqué bien el sombrero, me ajusté el talabarte y continué andando sin hacerle caso, satisfecho con lo que había visto en la fuente y había oído de la mujer, en dirección a la «Lonja».

Tenía que darme prisa para llegar con tiempo a mi casa.

Al pasar por una plaza observé un grupo de mujeres y niños jugando en la tierra, yo solo me fijé al principio en las jóvenes como es natural. De pronto noté una mirada clavada en mí, era una mujer hermosa de mediana edad, estaba sentada en un banco de piedra, no sabía por qué me miraba tan insistentemente, tenía que averiguarlo.

Mi experiencia con las mujeres se reducía a las conversaciones que tuve con Ana, pero un soldado no se arredra ante nada, así que me acerqué.

—¿Pedro, eres tú verdad?

Santo Dios, no la había reconocido, era la señora Rocío, la madre de Juan. Estaba sentada debajo de un árbol, a la sombra, ya que para ser el mes de septiembre hacía mucho calor a aquella hora de la tarde.

—Señora Rocío, no la había reconocido; venía pensando precisamente en pasar por vuestra casa por ver si tenía alguna noticia de Juan.

—Sí, tengo noticias; hace pocos días recibimos una carta que nos trajo un marinero de Triana, conocido de la familia. Desde que se fue es la primera que nos envía, me tenía muy preocupada, sigo estándolo por lo que cuenta, supongo que será peor que lo que pretende hacerme creer, desde entonces no dejo de pensar en lo que pueda pasarle.

—Cuénteme —le dije sentándome a su lado.

—Verás, como ya sabes partió de Sevilla en una goleta de la Armada; se había alistado como grumete así que desde el primer día ya le encargaron los trabajos más pesados. Al enrolarse sabía que no iba a ser fácil, dice que supera en mucho lo que le habían contado. Si me hubiera hecho caso y hubiera querido estudiar ahora estaría en el colegio de San Telmo, pero es testarudo, estudiar le gusta poco. Ahora se encuentra en Cádiz, una vez que llegaron a ese puerto lo enviaron a un navío más grande con muchos cañones llamado *San Fernando*; todos los días por la mañana tienen que lavar las cubiertas para quitarles la sal. También tiene muchos amigos. Próximamente van a Santander a un lugar llamado «Guarnizo», a recoger un nuevo navío que se llama *San*

*Felipe* y posiblemente quedará embarcado en él. Eso me tranquiliza, su padre dice que los barcos viejos dan muchas sorpresas, sobre todo por un gusano que se come la madera.

Todo me lo dijo de un tirón, casi sin respirar. Aproveché que cogía resuello para preguntar.

–¿Dice algo de si se marea?

–Sí, los primeros días los pasó muy mal.

–¿Entonces parece que está contento?

–Sí, parece que está contento.

Mientras observé como una joven y una señora se acercaban hacia nosotros. La señora Rocío también las vio y antes de que llegaran al banco donde estábamos sentados dijo:

–Ahí viene mi hermana Justa y mi sobrina ¿verdad que es guapísima?

–Sí –dije–, muy guapa.

–¡Hola tía! ¿Cómo estás?, sentimos el retraso pero no pudimos venir antes.

–Dame un beso cariño, te presento a un amigo de Juan, don Pedro.

Me puse de pié como si me picara algo, ella me envolvió con una mirada cálida al mismo tiempo que con una sonrisa me decía:

–¿Cómo estáis don Pedro? Ya conozco algo de vos por Juan, él le admira mucho –para agregar a continuación–, os sienta muy bien el uniforme. ¿De qué cuerpo es?

–De infantería, llevo tres meses–dije titubeante estirando la casaca–, hoy he salido a la calle por primera vez desde que me alisté. Mire que casualidad que me encuentro a su tía.

No sabía que más decir, temía parecer estúpido.

Su madre me miraba, pero no abrió la boca. La señora vestía de negro desde la cabeza hasta los pies. Llevaba un rosario de bolas negras enrollado entre sus manos y un fino velo de encaje, negro

también, cubriendo su cabeza. Su mirada triste parecía ausente, perdida en sus recuerdos.

Aproveché que se dirigía a su tía para observarlas sin que ellas se dieran cuenta. Como había dicho Rocío la joven era guapísima, una belleza en todos los aspectos, pero además tenía algo que me había encandilado, no sabía qué era aquello que tanto me atraía de ella. Tendría más o menos mi edad, el pelo muy negro lo llevaba recogido en un moño en la nuca.

Su tía me dijo que tenían que marcharse a misa, así que nos despedimos sin más, ella me volvió a mirar y me tendió la mano que estreché con suavidad, prometiendo que volvería otro día a ver si había noticias de Juan.

El sol empezaba a declinar así que decidí volver al campamento, por el camino no dejaba de pensar en ella, aquellos ojos negros, su sonrisa, su mirada. No me había dicho su nombre ni se me ocurrió preguntarle.

Estaba oscureciendo, los días eran más cortos, pero aún hacía bastante calor, cuando me di cuenta estaba en la puerta del campamento. Recordé lo que me había dicho el cabo de guardia. Justo a la entrada del campamento había una vivandera que tenía un toldo, muy bien montado, provisto de todo lo que un soldado podía necesitar, así que le compré media libra de tabaco de pipa.

Aquella noche, a la luz de un candelero leí el Romancero, como otras noches, pero sin enterarme:

«Vete con Dios pastorcillo, no te sabes entender,  
hermosuras de mi cuerpo, yo te las hiciera ver,  
delgadita en la cintura, blanca soy como el papel».

Leía y releía mientras mi pensamiento estaba con ella, soñé con ella, su mirada y su sonrisa me acompañaron toda la noche.

Después de aquél encuentro no dejé de salir ni un solo día siempre con la esperanza de encontrarme con ella, hasta que por fin, una tarde la volví a ver.

Estaba en el mismo banco de la plaza donde la conocí con su madre, esta vez no estaba su tía Rocío. Aún no se habían percatado de mi presencia, iba rodeando un seto de romero cuando vi a un hombre, de mediana edad, acercándose a ellas y dirigiendo la palabra a la señora. Me detuve a distancia, no quería entrometerme en la conversación, ellas se levantaron del banco y se marcharon en dirección a la Iglesia que había en la plaza. El hombre las seguía a unos pasos. No sabía si llamarla, era evidente que no me había visto, eché a andar para darle alcance cuando una voz me detuvo.

–¡Eh...soldado! –la voz venía de un banco que estaba detrás de mí.

Me detuve echando la vista atrás. Era un anciano de pelo blanco, tenía una espesa barba blanca y una larga nariz, un sombrero de fieltro marrón le cubría la cabeza.

–¿Es a mí? –le pregunté educadamente.

–Si a ti. Conoces a la señorita. ¿Verdad?

–¿Cómo lo sabéis?

–Los años hijo, los años. Llevo mucho tiempo sentado aquí, vengo todos los días después del Rosario, me siento y observo a las personas que pasan, nadie repara en mí. Como soy viejo creen que estoy dormido, pero no, no lo estoy y veo cosas que a otras personas les pasan desapercibidas. Te vi la semana pasada sentado en ese banco hablando con la joven y la señora. Después te he visto casi todos los días; te recuerdo por el uniforme y porque eres muy joven. Las cosas no son lo que parecen muchas veces muchacho, por eso quiero prevenirte, después puedes hacer lo que quieras.

Prevenirme. De qué tenía que prevenirme. Me tenía intrigado aquel anciano.

Mientras hablaba su boca casi sin dientes dejaba escapar un ligero silbido, estaba metida hacia adentro de la cara pero los bigotes le disimulaban ya que prácticamente le tapaban la boca. De vez en cuando volvía la cara para escupir al suelo un líquido negruzco, supuse que estaba masticando tabaco.

–Verás –empezó a decir –, esa joven tan hermosa ya hace tiempo que comercia con su cuerpo.

Se detuvo a mirarme fijamente.

–No sé si me explico...

No podía creer lo que me estaba diciendo, de repente algo nubló mi mente, un repentino calor me subió por las piernas.

–Sí hijo sí, la vida es dura y muchas mujeres prefieren trabajar con su cuerpo, ganan más en unas horas que en un mes sirviendo o fregando. No te aflijas, no vale la pena.

Me volvió a mirar y dijo:

–No sé si me explico...–repitió.

–Se explica perfectamente, señor –contesté irritado.

Una ramera, era lo que quería decir el anciano. No podía ser, el viejo tenía que estar equivocado. ¿Cómo podía saberlo él estando sentado en un banco?

–¿Cómo lo sabéis?–dije.

–Lo sé porque conozco a alguno de sus clientes. Me lo han contado.

–Aun así me lo tendrá que decir ella –contesté enfadado.

–¿Es que te une algo a ella? –preguntó el viejo–,¿es de tu familia?

No sabía que contestar. Después de todo, solo la había visto una vez.

–Si quieres tenerla, solo tienes que pagarle lo que te pida, ella estará encantada de hacerte feliz.

Era una posibilidad que no se me había ocurrido, pero la descarté inmediatamente, de repente me acordé de Ana y de lo que vi aquella noche. Me daba cuenta de mi inexperiencia.

–No tengas vergüenza, las cosas del amor son muy enrevesadas –dijo el anciano–. Es más fácil pagando.

Me volvió a mirar fijamente y dijo:

–No sé si me explico –volvió a repetir.

–Sí, entiendo perfectamente, pero no me lo puedo creer. Os agradezco la información –dije despidiéndome.

Vagué por las calles sin saber qué hacer, no dejaba de pensar cómo podía una mujer tan hermosa vender su cuerpo por un poco de dinero. Las putas que yo había visto en Las Cureñas, aquellos prostíbulos que había pegados a la muralla, siempre eran feas, desdentadas y sucias. Pero ella era tan bonita como aquellas vírgenes que rezaban en los retablos de las iglesias.

La madre de Juan no debía saber nada, de lo contrario supongo que me lo diría.

Me encaminé a Triana, tenía que averiguar si aquello era cierto.

En la calle Larga llamé a la puerta de la casa de Juan, no debía haber nadie pues no contestaban. Desanimado retorné al cuartel, por ahora no tenía tiempo para más.

A la luz del candil, en el campamento leía como todas las noches, sin saber ni entender lo que leía, solo para tener la mente ocupada...

«La color tengo mezclada, como rosa en el rosel,  
las teticas agudicas quel brial quieren hender»

Al día siguiente pude hablar con Tomasiño y le conté lo sucedido. Hasta aquél momento lo había tenido en secreto, pero después del encuentro con la joven y la explicación del anciano necesitaba el

consejo de alguien experto en esas cuestiones. Conseguí vencer mi vergüenza y pedir su consejo.

–Tú necesitas largarte un buen polvo. Olvida a las mujeres, son muy complicadas. Yo cuando lo necesito y eso es muy frecuente, me voy al burdel y escojo la mujer que más me gusta, me desahogo y no me complico la vida con amores, que después te van a pedir otras cosas –dijo con elocuencia.

–*Docta ignorantia*. Pero eso es pecado –contesté.

–¡Qué pecado ni qué pamplinas! Es el pecado más antiguo desde que el mundo es mundo, todos pecan, para eso está la confesión. Si no pecáramos de qué nos servirían los curas, ellos están encantados de que pequemos.

Indeciso ante tal afirmación le manifesté que no era así como había que ver el lugar de la iglesia. Me parecía algo irreverente pensar de esa manera sobre algo tan importante como es la fe, la religión y el amor.

–*Amor es vitae essentia* –concluí.

–Ya estás hablando como un cura otra vez. ¿Has estado con alguna mujer alguna vez?

–No, nunca. Aún soy demasiado joven para eso –me extrañó oír en mí mismo las palabras que me dijo Ana que tanto me ofendieron aquella noche.

–¡Qué tontería es esa! Nunca se es demasiado joven para echar un polvo.

No había duda de que aquél gallego tenía muy claro lo que quería.

–Ya, pero no es así como lo veo, nada más pensarlo me repugna. Lo siento pero no me convencen tus argumentos.

–Está bien, no te convencen mis argumentos. La próxima vez que vaya al burdel te prometo por la “Santa Compañía” que vendrás

conmigo, después me hablarás de argumentos.

El domingo, después de la misa volví a salir del cuartel tenía tiempo para hacer lo que quería hasta la puesta del sol. Regresé a Triana por ver si estaba la madre de Juan. Esta vez tuve suerte, me abrió la puerta un tanto sorprendida de verme allí.

–¿Pedro, cómo por aquí tan temprano, ocurre algo?

–Bueno... –dudé un poco–, no sé cómo empezar.

–Pasa, no te quedes en la puerta, cuéntame.

Le conté todo lo que había sucedido, desde que conocí a la joven el primer día, el efecto que me causó, la conversación con el viejo desdentado, la profunda decepción, todo, como si fuera mi madre.

Ella escuchaba atentamente, no me interrumpió ninguna vez y cuando concluí el relato me miró fijamente. Creí que me iba a decir que lo lamentaba, que todo era cierto, pero...

–Bueno, el viejo ese tiene razón en una cosa –dijo sonriendo.

–Entonces es cierto –pensé en voz alta.

–Déjame terminar, ella comercia pero no con su cuerpo, comercia con su cabeza. Empezaré por el principio para que lo entiendas mejor.

«Se llama Rocío, igual que yo; mi hermana quiso ponerle ese nombre porque es muy devota de esa Virgen, pero dejemos eso para más adelante. Mi hermana Justa casó con Mateo, un comerciante de Coria; tenían una casita muy bonita en la orilla del río, allí vivieron felices unos años, ella ayudaba a su marido en las cosas de la tienda. Un día se dio cuenta de que algo estaba cambiando en su cuerpo, era la niña que estaba en camino, nada podía haberla hecho más feliz, por fin sería madre.

»Pero algo ocurrió que cambió esa felicidad. Un día llegaron dos alguaciles y los prendieron, se los llevaron al calabozo de la casa consistorial. Ella preguntaba el por qué, nadie les decía nada. Mateo

su marido decía que él no había hecho nada. Días después nos enteramos por su hermano que habían asesinado a un tratante de ganado a la salida de la taberna del pueblo; todo apuntaba a que el autor era Mateo, habían visto y oído como era amenazado de muerte por éste en la misma taberna.

»El tratante en cuestión era muy conocido en el pueblo. Una tarde en la taberna se reunió con Mateo para hablar de negocios, tenía una deuda con él que no había satisfecho. Por lo visto Mateo le había facilitado un cargamento de pienso para el ganado hacía bastante tiempo y aún no se lo había pagado. Le ponía mil excusas para cancelar la deuda, así que aquella tarde entraron en una acalorada discusión hasta que Mateo ya cansado de tantas excusas le dijo: “¡Si no me pagas, te juro que te mato!”—saliendo de la taberna a continuación.

»Esto lo dijo en voz alta de modo que todos los parroquianos lo pudieron oír. No sabía él que aquellas palabras le llevarían a la horca.

La señora Rocío hizo una pausa para tomar aliento.

»El tratante, una noche había bebido más de la cuenta, era muy rumboso, invitó a todos los que estaban en la taberna. Al pagar mostró el dinero que llevaba de una venta que había hecho, era mucho lo que llevaba en el bolsillo. Salió de la taberna muy tarde cuando ya cerraban, al día siguiente lo encontraron muerto en un callejón.

»Como te podrás suponer —dijo mirándome—, el principal sospechoso era Mateo, así que lo detuvieron inmediatamente, le hicieron un juicio y lo condenaron a la horca».

—¿Y la señora Justa? —la interrumpí.

—A ella también la condenaron como encubridora, siempre sostuvo que él había estado con ella en su casa. Pero no la

creyeron, fue condenada a diez años, así que fue a la cárcel y le quitaron todos sus bienes para indemnizar a los familiares de la víctima.

Hizo otra pausa, me volvió a mirar y me dijo que si quería un vaso de agua fresca del pozo.

–No señora, continúe con la historia, me tiene sobre ascuas.

–Allí nació la niña, Rocío.

–¿En la cárcel? –exclamé.

–En la cárcel sí, y eso la marcó para toda la vida, sufrió con su madre la desdicha de tener como hogar la prisión de Sevilla, allí vivió y creció hasta los siete años. Después Dios y la Virgen María, a la que ella no dejó nunca de rezar, pusieron las cosas en su sitio.

–¿Ocurrió algún milagro? –pregunté

–Fue como un milagro, resulta que estando en su lecho de muerte, el tabernero confesó que había sido el autor del asesinato, le cegó la ambición cuando vio el dinero que llevaba el tratante. Aprovechando que estaba borracho lo esperó en un callejón y le asestó varios golpes con una porra de olivo, no con ánimo de matarlo, solo quería el dinero, pero con la mala suerte que el hombre lo reconoció al primer golpe, así que no tuvo más remedio que acabar con su vida.

–¿Y qué ocurrió después? Las pondrían en libertad supongo.

–Si, después de la confesión las autoridades se lamentaron de la equivocación, las pusieron en libertad y devolvieron su casa. Pero el daño causado era irreparable. Vendió la casa y se vino a Sevilla. A la niña le había enseñado mientras estaban en la cárcel a leer y escribir, tenía que entretenerla de alguna manera. Pero pronto vio que no era una niña cualquiera; poseía algo que no tenían otras, además de una serenidad y un aplomo increíbles para su edad.

–Eso ya lo observé yo el día que la conocí –manifesté interrumpiendo el relato.

–Nunca lloraba, parecía adivinar lo que iba a suceder en los próximos días. Le había dicho a su madre que los ocho años los cumpliría en libertad y así fue.

«Pues bien, en la cárcel había una reclusa que tenía también éste don; ella se dio cuenta antes que nadie que era una niña especial. Tenía cierta habilidad con las cartas y le enseñó a interpretarlas.

»La reclusa estaba allí por matar a su marido. Éste llegaba borracho y le propinaba todos los días una paliza, todas sus frustraciones las pagaba su mujer. Hasta que ésta ya no pudo aguantar más, un día le clavó un cuchillo de cocina causándole la muerte.

»Ella había visto su futuro, las cartas le habían señalado su final, pero no le importó. La condenaron solamente a veinte años porque tenía la atenuante de las palizas que recibía a diario. Murió en la cárcel, pero antes de morir había enseñado a Rocío los secretos de las cartas.

»Después, ya en libertad vinieron a mi casa, pero estaban marcadas por la vida en la prisión, decidieron que tenían que ganarse la vida y compraron una casita en la Plaza del Pan. La niña con ese don que tiene pronto empezó a ser conocida, la gente la llama para que les diga su futuro por medio de las cartas. Como es una actividad que está perseguida por los inquisidores, lo hace con el mayor de los secretos. Por eso va a la plaza de la Encarnación para no despertar sospechas, siempre con su madre. Incluso dentro de la iglesia requieren sus servicios, es muy buena, no pide nada, solo la voluntad. De esa forma se gana la vida.

–Me quita un gran peso de encima –dije suspirando.

–¿A qué se debe ese repentino interés? –la señora Rocío me miró fijamente–. No me lo digas, yo no soy adivina pero sé cuando alguien como tú se enamora. ¿No es así?

–Sí, bueno no sé, me gusta mucho, eso es todo --respondí turbado.

–Es una niña buenísima, tiene un corazón de oro, además de inteligencia, pero no sé si serás tú lo suficiente maduro para enamorarla.

–¿Cómo puede dudar de mi madurez? ¿Es porque soy joven?

–Sí, eso es, quiero decir que aún eres muy joven, necesita de alguien que la proteja y que vele por ella y creo que tú, con tus deseos de aventuras, no eres el más indicado, te marcharás de aquí a otros lugares. Creo que debes pensar en otras cosas, el amor llegará cuando menos lo esperes.

Llevaba razón en eso, me quería marchar a vivir las aventuras que había soñado y no podría ocuparme de ella pero eso no impediría hablarle y saber lo que opinaba.

Me despedí dándole las gracias, como decía el viejo, las cosas no son lo que parecen.

Por la tarde me fui a la plaza con la esperanza de encontrarla allí. El viejo estaba en su banco, no sé si me vio pero no me preocupaba en absoluto, ahora sabía yo mucho más que él.

Ella apareció como acostumbraba, del brazo de su enlutada madre, antes de que se sentaran en el banco les salí al encuentro.

–¡Hola Rocío y compañía! –dije alegremente.

–¡Caramba don Pedro, vos por aquí de nuevo, que casualidad!.

Me miró con aquellos ojos que me quitaban el sueño y me sentí dichoso de tener la oportunidad de contemplarlos de nuevo.

–No, no es casualidad, esta mañana fui a ver a su tía, es que estaba muy preocupado por algo que le afectaba a vos, pero ya está todo aclarado, su tía tuvo la amabilidad de explicármelo.

–Espere, no continúe, vamos a sentarnos en aquel banco y me cuenta todo eso.

Una vez acomodados los tres en el banco, debajo del árbol, miré de

rejo a su madre que parecía no escuchar nada de lo que hablábamos.

Comencé el relato desde el principio, la impresión que me había causado ella, lo que había visto aquel día y la conversación con el anciano. Ella no decía nada, me escuchaba atentamente, de vez en cuando movía la cabeza y me envolvía con su mirada de seda, mientras sus manos blancas acariciaban un rosario de cuentas nacaradas.

–¡Por qué! –dijo.

–¿Qué? –dije sorprendido por la pregunta.

–Si, por qué todas esas molestias, por qué ese repentino interés por mí, es la segunda vez que me ve –su voz se había tornado fría y sus ojos parecían más duros.

–Pues...–no sabía cómo expresarme, a un soldado como yo no le importaba quedar en ridículo entre los compañeros, pero ante ella tenía que medir bien mis palabras–, es...pues...porque estoy enamorado de vos...siento algo tan grande...algo que no había sentido nunca.

Una sonrisa se dibujó en su boca, me miró entrecerrando los ojos, de una forma que me hicieron sentir feliz de contemplar tanta belleza.

–Le agradezco su interés, pero comprenda que no puedo darle una respuesta, por varias razones; es muy pronto porque solo me ha visto dos veces. Por otra parte no sé si le convendrá relacionarse conmigo, ya sabe mi historia, sabe cómo me gano la vida. Mi tía es bastante indiscreta y se lo contó, supongo que para borrar el error en que se encontraba por lo que le dijo el anciano. Creo que a mi lado solo tendríais problemas; sois de buena familia con un futuro prometedor, yo sin embargo soy una pobre de dudosa reputación que nació en la cárcel. Es algo que nunca podré borrar de mi

pasado –su voz se quebró con un sollozo, mientras una lagrima se asomaba a sus ojos, después recuperada la voz continuó–, pero no os aflijáis por eso, tenéis mucha vida por delante, algún día aparecerá otra mujer que le enamorará para siempre. Por ahora seremos amigos, cuando quiera hablar conmigo ya sabe dónde encontrarme.

Cuando terminó de hablar yo estaba hundido. Comprendí que no conseguiría nada. Otra vez lo mismo, que si soy muy joven, que más adelante, que algún día...

–No me importa que hayáis nacido en la cárcel, es injusto que eso la pueda marcar para toda la vida –respondí conmovido por sus lágrimas y por su sinceridad, me resistía íntimamente a la negativa, a sabiendas que me estaba metiendo en un embrollo del que no saldría probablemente muy bien parado–. A mí no me importa nada de su pasado, no me importa lo que pueda pensar mi familia, ya soy independiente y quiero vivir mi vida conforme a mi propio criterio. No me conoce aún lo suficiente, pero me gustaría que no cerrara su corazón al amor por esa razón. Vendré a verla de vez en cuando para que pueda conocerme, aunque sea aquí en este banco.

Me despedí sin levantar la cabeza, el anciano del banco de enfrente pareció no verme, decidí volver al campamento, iba meditando todo lo que habíamos hablado. De repente me acordé de Ana. Tomasiño tenía razón, las mujeres eran muy complicadas.

Al día siguiente por la tarde Tomasiño me llamó.

–Ven conmigo, vístete y ponte guapo, no preguntes –me dijo de sopetón.

–¿Cómo que no pregunte? ¿A dónde vamos?

–Lo sabrás a su debido tiempo –dijo tajante.

Era la primera vez que me llamaba con tanta urgencia, le hice caso, me vestí y salimos del campamento, caminaba de prisa, le dije que no teníamos mucho tiempo por lo de la retreta.

–Tranquilo, tenemos tiempo de sobra, además el cabo de guardia es amigo mío y ya está avisado por si llegamos tarde. Llevas dinero supongo.

–Claro que llevo, veinte reales. ¿Para qué lo necesitas? –suponía que el dinero era para pagar el favor de alguna mujer, pero me hacía el tonto.

–Lo sabrás en su momento.

Habíamos caminado por entre unos callejones próximos a la muralla cerca de la Puerta de Triana hasta que en un recodo apareció un cartel colgado de una puerta que decía «Mesón Descanso del Potro» un poco más allá había otra cuyo cartel decía «Mesón de Manuela» y otra más a la izquierda, que no distinguía lo que ponía.

La calle estaba llena de charcos, así que tenía que ir con cuidado mirando donde pisaba, olía a orines, vino y otros aromas desconocidos. Aunque yo estaba muy acostumbrado a los olores del cuartel, aquellos me desagradaban aún más. La puerta de la taberna tenía a ambos lados grandes barricas de vino que supuse vacías a la espera de repuesto.

–Ya hemos llegado –dijo Tomasiño.

Me quedé un poco rezagado mirando la puerta desde la calle, el quicio y el dintel estaban desconchados aunque conservaban un toque de pintura amarilla y las puertas de madera negra tenían gran cantidad de agujeros. Al fondo la estancia estaba oscura, a pesar de la luz que entraba tenue por las ventanas de la fachada.

–Vamos que no tenemos todo el día –se impacientaba el gallego.

Traspasé el umbral tímidamente y seguí a Tomás que se había sentado en una mesa al fondo, haciendo lo mismo. Cuando mis ojos se acostumbraron a la luz pude ver la estancia. Unas pocas mesas cuadradas con sillas de enneas sin pintar eran el único

mobiliario del local, al fondo una barra pequeña era atendida por un hombre gordo y barbudo. Un grupo de mujeres estaban sentadas en torno a dos mesas y nos observaban con atención. No había parroquianos, solo algunos soldados como nosotros bebiendo vino o cerveza, acompañados de mujeres. Tomasiño que no quería perder tiempo se levantó y fue directamente a donde estaban las mujeres, mientras hablaba con ellas reían y me observaban sin disimulo. Al poco una de ellas se acercó a mí y me dijo que si la invitaba.

–Bueno, que quieres –respondí un poco cortado.

–Te quiero a ti guapo. ¿Por qué no vienes conmigo? –dijo con una sonrisa–. No te preocupes, no te voy a comer. Bueno, solo un poquito. ¿O es que tienes miedo?

–Un soldado no tiene miedo a nada –respondí inmediatamente.

–De acuerdo valiente, entonces sígueme –se levantó y tomándome de la mano consiguió arrancarme de mi asiento–. ¿Traes la pistola cargada? –dijo con mirada cariñosa.

–No, no, yo solo utilizo fusil –dije ingenuamente.

–Mejor –dijo ella con una risita–, me gusta que sea grande.

Las piernas me temblaban y me sentía desfallecer, pero no podía manifestarlo, por eso no me resistí mucho. Desde la mesa de enfrente Tomás me observaba atentamente con una sonrisa y me hacía guiños con un ojo, dándome aliento.

Pedía ayuda al Señor inconscientemente, sin reparar en que, en semejante pecado, no me sería de ayuda su intervención. Decidí pedir confesión al capellán del campamento, a sabiendas de que me largaría una fuerte reprimenda. Pero eso lo haría mañana, ahora tenía que atender este asunto.

Ella era menuda y delgada, como de unos veinticinco años, tal vez menos, muy morena de ojos castaños y boquita pequeña, nadie que la viera en la calle podía pensar que se dedicaba a la prostitución a

no ser por la pintura excesiva que llevaba en los ojos y boca, su simpatía me tranquilizaba así que me dejé llevar.

«El cuello tengo de garza, los ojos de un esparver,  
pues lo que tengo encubierto maravilla es de lo ver».

No voy a contar aquí lo que fue mi primera experiencia sexual porque no es el caso que me lleva a este relato, lo hice por curiosidad y por dar un paso más en lo que yo consideraba que formaba parte del desarrollo de un hombre. La joven que me atendió se portó dulcemente y me hizo sentir muy bien. Supuse que con amor y con Rocío debía ser mucho más hermoso, tal vez sublime.

Días después aún recordaba mi primera experiencia, pero algo más se iba a ocupar de que no la olvidara. Unos picores extraños comenzaron a asaltarme en mis partes pecadoras, yo estaba acostumbrado al picor de los piojos de la ropa, al de los de la cabeza, pero éste no era un picor conocido, me rascaba y rascaba con placer por debajo de la ropa hasta que vi que tenía un problema grave en la entrepierna. Decidí contárselo a Tomasiño.

–Ladillas –sentenció–, tienes un ladillazo, habla con el barbero que él te dará un remedio para eso.

El barbero, que era un hombre que ya lo había visto todo, solo me dijo que no me preocupara, que era muy corriente, que era la primera vez pero no sería la última, si seguía frecuentando el burdel.

–Rasúrate todo el vello y frótate con vinagre durante siete días, al octavo ya te puedes bañar con agua. Además, tienes que matar los huevos.

–¿Qué...que huevos? –pregunté con estupor, mirándole sin

entender lo que quería decir.

–¿Qué huevos? ¡Los de las ladillas! ¡Coño! Tienes que lavar la ropa con agua hirviendo, para matar los huevos de las ladillas.

–Está bien –dije suspirando–, pensaba que sería peor el remedio que la enfermedad.

Fueron los siete días más avinagrados de mi vida, aquella experiencia me mantuvo alejado de los burdeles durante mucho tiempo.

## SEVILLA

«Apenas había comenzado el año del Señor de 1708 cuando se puso a llover intensamente. Los campesinos estaban contentos. Era un buen momento para proceder a la siembra. Pero la lluvia no cesaba en toda la región; grandes tormentas descargaban sus negros nubarrones, una y otra vez, sobre los campos de la vega del Guadalquivir. El río, poco a poco, fue aumentando su caudal y el nivel de las aguas creciendo. Varios días sin tregua alertaron a toda la ciudad, ya sabían lo que aquello podía significar. Observaban el río continuamente.

»Los más precavidos ponían tablones a las puertas de sus casas; sellando como podían las uniones, para evitar la entrada de agua. Otros hacían lo propio hasta con las ventanas más bajas.

»Mientras tanto, en las iglesias, el clero hacía rogativas continuamente a todos los santos y vírgenes para que cesara la lluvia. Pero lejos de cesar se incrementaba. Seguía creciendo el río por el arrenal, ya estaba a las puertas de las murallas.

»En Triana, la gente se afanaba por salvar lo que podían, subiendo a las azoteas de las casas y a los pisos altos todos los enseres. Ya tenían experiencia en estos menesteres y hasta los animales ponían a salvo, no era raro ver un asno en la azotea de una casa, caballos, cerdos, gallinas, todo lo que se podía subir lejos del agua.

»Al amanecer de una húmeda mañana se vio lo que era inevitable; toda la vega de Triana estaba inundada, solo una porción de terreno delante del castillo de San Jorge quedaba libre. La fuerza del agua era tan intensa en el puente, que era impensable de que nadie tratara de pasar

por allí, en cualquier momento podía romperse y ser arrastrado por la corriente.

»Mi madre estaba preñada; tenía tres hijos y su experiencia le decía que yo aún tardaría en llegar, así que decidió ir a misa, como todos los domingos y fiestas de guardar.

## 1727 GIBRALTAR

La inmensa roca, recortada contra el cielo, se asomaba al mar inclinada y amenazante sobre una nube de polvo y humo. Las explosiones de los cañones soltaban su carga de fuego y muerte allá lejos, dando un aspecto irreal al campo de batalla.

–¡Fuego! –La voz del oficial daba la orden desde el pescante de un carromato. Con el catalejo en la mano observaba los impactos de los cañonazos, controlando la batería, uno, dos, tres, iban sucediéndose los fogonazos y nubes de humo mientras las piezas brincaban.

Cerca de las posiciones enemigas, desde la línea de trincheras, los potentes cañones comenzaban a romper las murallas que defendían la plaza asediada. La tierra de nadie estaba continuamente batida por explosiones. Desde sus posiciones de la roca los ingleses respondían al fuego de igual manera, con sus cañones y morteros.

Habíamos llegado de Sevilla por el Guadalquivir a bordo de navíos de transporte. Llegamos a Sanlúcar y de allí, una vez pasada la barra, continuamos a Algeciras. Era la primera vez que veía el mar y su inmensidad me sorprendió, fue una sensación que no había sentido nunca, aparte el color de sus aguas y la espuma de las olas no pude contemplar mucho

más, las náuseas y las ganas de vomitar eran más fuertes que otras sensaciones. La mayoría de los soldados estaban igual que yo.

Entramos en la bahía de Algeciras con rapidez; el transporte se balanceaba cortando el agua hasta que empezaron a recoger velas, el desplazamiento se fue haciendo más y más lento hasta quedar completamente parados, soltaron las anclas y a partir de aquel momento empecé a razonar un poco.

En la desembocadura del río de la Miel los pontoneros habían preparado un desembarcadero a propósito para descargar los cañones. Por la mañana nos pusimos en marcha; lentamente, al paso de las bestias. La larga columna de carros se perdía en el horizonte. Los bueyes tiraban lentamente de los pesados cañones de batir. Las ruedas de los carros se hundían en la tierra, empapada por las recientes lluvias. A veces era imposible continuar; teníamos que esperar a que los pontoneros montasen un paso, para cruzar ríos y vaguadas, hasta llegar a la «línea de contravalación».

Al amanecer el campo estaba cubierto de una fina niebla, las gotas de rocío resbalaban por las hojas de las plantas empapando los pies de los soldados. El frío atenazaba las manos teniendo que frotar una contra otra para hacerlas entrar en calor. El sol, poco a poco con su fuerza, hacía desaparecer las brumas y calentaba nuestros ateridos cuerpos.

Era el mes de enero de 1727

La orden había llegado una mañana a la compañía, «partimos para asediar Gibraltar», habían dicho.

«Por fin –pensé–, ya era hora de entrar en acción».

No me daba miedo, aquella noche no pude dormir de la excitación. Pensaba en muchas cosas, en lo que podía

ocurrir durante la batalla que se avecinaba, en la muerte, o lo que es peor, podía quedar lisiado para siempre, en si daría la talla o saldría corriendo al primer cañonazo, si sería capaz de matar a los soldados enemigos, preguntas y más preguntas que aún no tenían respuesta.

También llevaba en mi pensamiento a Rocío, había aumentado mi interés por ella después de saber su historia, una historia desdichada que merecía un final feliz, la imaginaba como una Virgen en el altar, pura y sencilla, toda dulzura y bondad.

## **DON BLAS DE LEZO**

El tiempo fue transcurriendo y los meses también, habían pasado dos años desde que comenzó el sitio de Gibraltar, y se podían contar con los dedos de la mano las veces, que había ido a casa de mi hermano. Ya no era mi casa, el cuartel la había desplazado y en él me encontraba a gusto con los compañeros.

Al regreso de Gibraltar me habían dado un nuevo destino en la Compañía de Honores, al menos estaba ocupado de los cañones que se utilizaban para dar las salvas de Ordenanza a las autoridades que visitaban la ciudad, además de responder al saludo de todos los navíos de guerra, que entraban procedentes de cualquier lugar de la geografía.

Aquella mañana sacamos los cañones de un almacén de las antiguas atarazanas, al lado del Postigo del Aceite, ayudados por las mulas, para colocarlos como de costumbre en el Cerrillo de la Leña, en el alto del Baratillo apuntando al río. No sabíamos aun lo que tardaría la comitiva en llegar, por eso teníamos que estar preparados lo más pronto posible.

El teniente de la batería, un joven de unos veinte años de

porte aristocrático, se paseaba nervioso mirando en dirección al castillo de Triana.

–No creo que vengan tan temprano, ellos no madrugan ni tienen prisa alguna –le dije para tranquilizarlo.

–Lo sé, pero las órdenes que tengo son que estemos preparados antes de las nueve –dijo–, todavía no ha pasado ninguna autoridad, creo que vamos a tener un día muy largo.

Era el 3 de febrero, un día frío pero de cielo despejado, el fino viento hacia flamear las banderas blancas y rojas que habían colocado con profusión, por todo el recorrido que tenía que hacer la comitiva real. Las orejas y la nariz las tenía que no las sentía, igual que los soldados de la batería, con el cuello encogido, intentando meter la cabeza lo más profundamente posible entre los hombros.

El sol empezaba a despuntar y sus rayos lanzaban destellos por detrás de la Torre del Oro, iluminando las aguas del río con reflejos metálicos.

Enfrente, en la otra orilla, las torres de la Iglesia de Santa Ana y Los Remedios destacaban sobre las demás construcciones, de tejas ocre y blancos muros. A la derecha, el castillo de San Jorge había sido engalanado con banderas y estandartes, que ondeaban con la brisa en sus torres. A ambos lados de la puerta principal que daba al puente, colgaduras de color blanco con el escudo de las armas reales se mecían suavemente, dándole un toque festivo y de color a los amarillentos y siniestros muros. Algunas chimeneas humeantes indicaban que sus moradores estaban ya levantados, tal vez calentando sus vacíos estómagos con algún alimento.

En el puerto esperaban algunas galeras de la Armada Real completamente engalanadas, con pavesadas de vivos colores, banderas, flámulas y gallardetes. Además había navíos, pataches, naos, tartanas y pequeños botes de remos,

lanchas y esquifes, todos con sus banderitas de colores rojas y blancas y sobre todas la bandera real.

El teniente guardó el catalejo en su funda de cuero negro y dirigiéndose a mí, dijo:

## 1730 CADIZ

Una mañana de Mayo, embarqué en una tartana que debía descender el río hasta Sanlúcar, el maestro del velero me aseguró que mucho antes del anochecer estaríamos en Cádiz, por el Guadalquivir no había nada que temer, el piloto conocía muy bien su curso. En la desembocadura había que sortear la barra de Sanlúcar y después sería coser y cantar.

El piloto, que era muy hablador, aprovechó para contarme sus experiencias a bordo de la tartana. Me explicó que lo peligroso del río era varar con la proa, porque la corriente con su fuerza atravesaba el barco y acababa volcándolo sobre un costado.

Al dejar la primera curva del río atrás y pasar por delante de los campos de Tablada, miré al oeste, buscando el monasterio de San Juan de Aznalfarache, allí estaba en lo alto del cerro, imponente como una fortaleza, dominando el río, la vega y el pueblo.

Había estado allí para despedirme de mi hermana, Sor María, parecía más vieja con aquellos hábitos, la proximidad de la hacienda de mi hermano había sido decisiva, para escoger aquel convento para ella, tenía cerca una religiosa para que pidiera por él y le asegurara la tranquilidad espiritual.

Fui a lomos de una mula, que había pedido en el campamento al sargento López, con el pretexto de hacerla correr, ya que estaba un poco gorda. Al llegar al convento me sorprendió la cantidad de gente que había a su alrededor. Mi hermana me recibió con alegría, pero cuando le dije que

iba a embarcarme en la Armada se santiguó varias veces, no se lo podía creer, la tuve que tranquilizar diciéndole que primero iría a Cádiz, donde permanecería por algún tiempo. Me aseguró que rezaría todos los días por mí y por la salvación de mi alma.

Los pueblos iban desfilando, Coria, La Puebla, pueblos blancos, de casas encaladas a la orilla del río, de avenidas de naranjos, limoneros y palmerales frondosos, siempre dominados por la torres de las iglesias con sus campanarios. Los remansos estaban totalmente llenos de eneas y verdes cañaverales con amarillos plumeros. Algunos abejarucos revoloteaban en el aire describiendo extrañas parábolas a la caza de los insectos.

## **LA POSADA**

Al entrar por la gran puerta me encontré con un gran salón lleno de mesas, la mayoría vacías, al fondo había un largo mostrador repleto de vasijas de barro rojo. Me fui directamente a hablar con el posadero, que se encontraba detrás en la penumbra.

Una mujer entrada en carnes me recibió con una sonrisa, llevaba el pelo negro recogido con una redecilla, no era muy mayor, tal vez cuarenta o cuarenta y pocos, una mujer hermosa sin duda. Una blusa blanca de manga corta se apretaba alrededor de sus torneados brazos y un corpiño de color verde ceñía su talle.

—¿Qué deseáis joven? —su mirada me seguía desde que entré en la fonda, con descaro.

—Una cama para pasar la noche, acabo de llegar de Sevilla y hasta que llegue la flota no tengo a donde ir, además

quisiera también algo para comer.

–Las dos cosas le puedo proporcionar y tal vez alguna más –me dijo estas palabras con una sonrisa picarona guiñándome un ojo.

–No quisiera molestaros, con la cama y la comida ya es suficiente –dije inocentemente.

–No es ninguna molestia, será un placer... poder atenderos como su merced se merece, aprovecharemos que hay poca clientela.

–Gracias, muchas gracias. ¿Pero, por qué hay poca clientela?– pregunté haciéndome el loco ante lo que me parecían insinuaciones de otra índole.

## NÁUFRAGOS

Si me hubieran abofeteado no me habría sentado tan mal, en un santiamén los sueños se fueron por la borda. Tenía que embarcar urgentemente me había dicho, lo que significaba que tendría que decir adiós a Veracruz, o tal vez hasta luego.

El guardiamarina Páez había adivinado lo que iba a ocurrir, o tal vez ya lo sabía y no me lo dijo, para no quitarme la ilusión que tenía de pisar la ciudad.

Un bote me llevó con mi equipaje a la balandra, el capitán me estaba esperando para hacernos a la vela.

El barco era bastante más pequeño que *El Gallo*, un solo palo con una vela mayor y una cangreja además de dos foques era todo su aparejo. Examiné la artillería que estaba toda a la vista por tener solo una cubierta, siete cañones por banda de a ocho, demasiados para el espacio que había.

El capitán comandante era un teniente de fragata entrado en años, su porte no era de lo más estético a juzgar por la barriga que montaba sus calzones y que le impedía abrochar

la casaca; era evidente que el ejercicio físico no era su fuerte. Su pelo algo canoso le caía por los hombros y la barba también canosa le cubría parte de la cara, una cara tostada por la brisa y el sol. Debajo de unas gruesas cejas unos ojos cansados me observaban atentamente mientras me presentaba al oficial, un joven alférez de fragata que me dio la bienvenida tendiéndome la mano.

–Bienvenido a bordo, os presentaré al comandante y al segundo, mi nombre es Matías Maldonado, el comandante es don Juan López Pérez y el segundo el alférez de navío don Martín Fernández.

El comandante me alargó la mano y me preguntó si tenía experiencia en combate, al responderle que no tenía experiencia en combate en la mar, torció el gesto con la boca.

–¿Lo veis Martín? –dijo el comandante dirigiéndose al segundo–, ya me suponía yo que nos darían lo que no necesitaran, arreglados estamos con esta dotación.

–No os preocupéis comandante, hay tiempo para adiestrarlos hasta llegar a la zona de vigilancia –dijo el segundo.

## YUCATÁN

La ola rugiendo me revolcó una y otra vez hasta dejarme tumbado sobre la arena, estaba tan dolorido que apenas podía moverme, a duras penas conseguí arrastrarme hacia la parte cálida y seca de la playa. Por fin estábamos a salvo, nos podíamos sentir afortunados de haber llegado a tierra. No era la manera más digna de llegar a América por primera vez, pero al menos estábamos vivos.

Mis compañeros no podían estar muy lejos, las olas nos habían arrastrado a todos por igual. Unos pasos más allá estaban Ezequiel y cerca de éste el indio Tres. Debían estar

peor que yo pues no se movían, busqué con la mirada al mulato Cristo a lo largo de la playa pero no lo veía. Los otros otros estaban vivos así que traté de reanimarlos no tardando mucho en conseguirlo. Levanté la vista para mirar a la franja costera; había algas, muchas algas que envolvían ramas de árboles, hojas y maderos que arrastrados por las mareas se habían ido depositando sobre la arena. Hasta aquel momento no había reparado en la vegetación solo intentaba buscar el cuerpo de Cristo por lo que al mirar a mi izquierda me quedé asombrado al ver tanta belleza natural. Las palmeras se inclinaban sobre la playa como rindiendo honores al sol, algunas estaban repletas de enormes cocos que en parte debían ser los responsables de su curvatura, rozando con la punta de las palmas la arena. Por encima de éstas más y más palmeras exhibían su verdes colores bajo un claro y limpio cielo, el viento que no había dejado de soplar las movía como si fueran juncos, silbando entre su follaje.

## **LA PARTIDA**

Ezequiel y Tres estaban ya repuestos, habían pasado veinte días y se encontraban listos para emprender viaje a Veracruz. El cura nos facilitó tres caballos y una escolta de siete indios también a caballo. Eran los encargados de guiarnos por los caminos desconocidos y regresar con los caballos prestados. Iban armados de arcos, flechas y machetes para repeler un posible ataque de bandidos que pudieran intentar asaltarnos, por equivocación, ya que no llevábamos nada de valor a excepción de las monturas.

Después de despedirnos y expresarles nuestro agradecimiento a todos los que gentilmente nos habían ayudado, emprendimos el camino. Teníamos provisiones para diez días, no sabíamos con qué nos íbamos a encontrar por el camino y era mejor ir sobrados de alimentos. La ruta

que debíamos llevar la conocían bien los indios que nos acompañaban, por ser muy frecuentada para ir al pueblo de Comalcalco y Cárdenas, además el guía era experto en los caminos que conducen a Veracruz. Debíamos hacer noche las posadas de los pueblos para evitar riesgos.

## 1731 CORSARIO

Al alba, el cañonazo del Castillo de la Fuerza, indicó la apertura de las puertas de la ciudad. También era la hora de la cita de la dotación de *La Mariana*, en el muelle de la Contaduría. Mi tío había conseguido apoyo del gobernador para hacer la comisión como guardacostas. Me había convencido para que embarcara como condestable, alegando que necesitaba alguien en quien confiar sus cañones. Me resistía íntimamente pero él tenía razón en una cosa, aquella comisión como guardacostas de la Corona, no como corsario, me serviría para adquirir una experiencia importante. Después de todo no podría llegar a Cádiz en el *Gallo Indiano*. Me habían propuesto formar parte de la dotación del nuevo navío que se estaba construyendo en el astillero de la Habana al que llamaban *San José*, alias *África*, pero estaba un poco verde y aunque estuviera listo al regreso de aquella comisión prefería esperar a la flota de López Pintado, según los informes que tenía debía llegar a partir del mes de agosto.

## 1741 CARTAGENA de INDIAS

—¡Mi oficial! ¡Mi oficial! —la voz me había llegado lentamente, quién sería el osado que venía a despertarme de mi sueño, los golpes en la puerta volvieron a sonar con más

intensidad.

Me levanté lentamente del camastro y abrí la puerta.

–Ya están aquí...–me soltó a bocajarro el sargento de la guardia.

Todavía estaba bajo los efectos del sueño porque no reaccioné.

–¿Quién diablos...? –enseguida caí en la cuenta de lo que quería decir, me puse los pantalones y la camisa y salí corriendo con los zapatos en la mano.

–¿Por dónde? –me señaló con la mano un punto en el horizonte, alargándome un catalejo.

Me llevé el anteojo a la cara y un escalofrío me recorrió la espina dorsal. Jamás había visto nada igual. Todo el mar estaba cubierto de pequeñas velas, apenas se distinguían los navíos, solo sus velas destacaban en el horizonte y por la distancia no podía distinguir qué tipo de navíos podían ser.

–¿Cuántas? –pregunté al sargento.

–Alrededor de ciento cincuenta he contado, pueden ser algunas más o menos, la distancia es aún muy grande.

Venían del norte con viento suave. Aún estaba amaneciendo, la bruma cubría la costa desde la isla de Barú hasta Tierra Bomba, pero despejaría en poco tiempo como sucedía casi todos los días.

Hacía semanas que los esperábamos, el coronel nos había enviado un correo alertando las fortificaciones más alejadas de la ciudad.

Desde la torre de la batería de Chamba podía ver todo el horizonte marino, las playas y el canal. Las baterías de San Felipe y Santiago estaban a milla y media la primera y a dos más al sur, la segunda. El fuerte de San Luis de Bocachica, más importante que los anteriores, estaba a una legua al sudeste. Las tres fortificaciones estaban bien situadas y cubrían con sus fuegos todo el frente marítimo y la entrada a la ensenada, por el único lugar por donde podían pasar los

navíos. Además estaban las baterías de San José, la de Punta Abanicos y La Marina a la otra banda del canal, para cruzar sus fuegos con los del San Luis y estorbar el acceso de los navíos a la bahía. Podía ver la línea gris amarillenta de las playas de Cartagena y las más próximas al fuerte en Tierra Bomba.

Como ocurría siempre que contemplaba el agua, la imaginación se me disparaba hasta límites insospechados. Tan absorto iba con mis pensamientos que al volver la cabeza me di cuenta que había recorrido más de dos millas, la playa continuaba pero a mi derecha había una estrecha franja de arena que daba a la bahía, era otra playa interior, pero allí el manglar estaba más cerca del agua de forma que incluso hundía sus raíces en ella y en algunos lugares se inclinaba sobre ésta rozándola con sus ramas. Me introduje por entre los arbustos sorteando las raíces con cuidado, con la idea de descubrir lo que había al otro lado, pero pronto llegué a la conclusión que era todo igual, árboles y más árboles rodeados por plantas trepadoras que podían ser infranqueables. Solo una pequeña franja de arena entre dos macizos de mangles permitía ver al frente la bahía, con sus aguas tranquilas de color turquesa. Iba a poner el pie en aquella pequeña playa para observar desde aquel lugar el paisaje, pero permanecí inmóvil cuando algo llamó mi atención.

Una cabeza había salido del agua y poco a poco, como por un hechizo, surgió la figura de una joven, me froté los ojos porque no podía creer lo que estaba viendo. La joven estaba totalmente desnuda, se acercaba al lugar donde me encontraba, como si supiera que yo estaba allí. No podía haberme visto, de lo contrario hubiera tomado otra dirección o hubiera vuelto al agua. Permanecí entre los arbustos sin moverme conteniendo la respiración, fascinado por aquella belleza que estaba viendo.

# LA GUERRA

Un acontecimiento imprevisto vino a llenarnos a todos de felicidad, la Escuadra del almirante Rodrigo de Torres compuesta de doce navíos estaba a la vista, las salvas de la batería de San José anunciaron su entrada en la bahía y poco a poco fueron fondeando. Entre los ciudadanos de Cartagena no se hablaba de otra cosa, ahora si se sentían seguros, con semejante Armada los ingleses no se atreverían a importunar a la ciudad, todos respiraron aliviados. Los mayores aún tenían fresco el recuerdo del ataque y toma de la ciudad por el barón de Pointis, aliado con un ejército de piratas al finalizar el pasado siglo, por lo que habían rezado para que no volviera a suceder algo semejante. Cuando vieron su bahía atestada de enormes navíos repletos de cañones sintieron que no estaban abandonados, su Rey velaba por ellos y por su seguridad.

La ciudad se convirtió en un gran comercio, en el muelle el barqueo era incesante, las embarcaciones llegaban cargadas de personal y se iban cargadas de víveres. En todas partes se vendían artículos para la Escuadra, las tabernas estaban llenas de marinos con licencia de unas horas que aprovechaban el tiempo en divertirse con lo que podían, disfrutando del vino y de las prostitutas que se ofrecían sin ningún pudor.

A las pocas semanas, los ciudadanos empezaron a darse cuenta, que habían perdido la tranquilidad que gozaban y pensaban que la Escuadra estaría mejor navegando, pero sin alejarse mucho, por si aparecían los ingleses.

Al cabo de dos meses el problema se agravó, los víveres empezaban a escasear y a encarecerse, eso era ya demasiado, la Escuadra era responsable de una situación que nadie deseaba, los ciudadanos ya pensaban que su estancia se

prolongaba demasiado.

La flota estuvo fondeada por espacio de tres meses, hasta que en enero levaron para dirigirse a La Habana después de hacer acopio de víveres, que vinieron a agravar aún más la situación de la ciudad. En la bahía permanecieron fondeados los navíos de don Blas de Lezo reforzado por el *San Felipe* de 80 cañones, que había dejado destacado el general Rodrigo de Torres.

El sosiego volvió a la ciudad, los seis navíos fondeados en la bahía eran suficientes para darles tranquilidad sin tener que padecer la invasión de tantos y tantos marinos deseosos de diversión.

Yo continuaba destinado en la batería de Chamba con mi actividad acostumbrada, solo los domingos al acudir a misa en la catedral podía coincidir con los compañeros de la Escuadra.

El cambio de impresiones sobre la guerra era siempre igual, nadie sabía nada, todo eran rumores, lo único que se sabía era que la Escuadra del almirante Vérnon había sido reforzada, numerosos navíos de guerra y transportes de tropa se encontraban en Jamaica.

## 1747 EL GLORIOSO

El navío avanzaba con rapidez cortando con su proa las negras aguas. Con todas las velas desplegadas era empujado por el viento del noroeste buscando la costa de Portugal. La oscuridad dentro del navío era total, a través de las portas de los cañones podía ver los destellos de plata que las aguas del mar emitían con el movimiento de las olas. Los rayos de luna penetraban entre las nubes por encima de la lejana costa. Solo se oía el rumor del agua al rozar el casco del barco y a veces algún golpe seco, un gemido de las jarcias, un roce de maderas.

Los hombres rodeando los cañones de las baterías, esperaban tensos la voz que los sacara del silencio. La cubierta, despejada de proa a popa tenía todos los cañones en batería por ambas bandas, la orden había llegado tajante.

—¡Alistar cañones de banda y banda!

Los servidores de las baterías ejecutaron la orden mecánicamente. Como si fueran autómatas cargaron los cañones de babor y estribor, dejándolos listos para abrir fuego. Una cadena humana de soldados y marineros había estado transportando munición, desde los paños hasta las chazas entre los cañones, rellenando las chilleras a tope. Los cuerpos sudorosos de los artilleros con el torso desnudo brillaban con la escasa luz que penetraba por las portas, sus caras reflejaban la ansiedad y la tensión que vivían, sabían que en cualquier momento se desataría algo parecido al infierno.

La fragata inglesa iba acortando poco a poco, por su mayor velocidad, la distancia que la separaba de nuestro navío, parecía que quería superarnos para obligarnos a desviar el rumbo. Detrás de ésta dos velas más se aproximaban y también parecían llevar más velocidad que nosotros. Venía por la amura de estribor como a tres cables de distancia, había escogido para atacar por sotavento. Esto nos daba ventaja al disparar nuestros cañones contra la fragata, no recibiríamos la humareda de éstos, todo lo contrario que ellos que tendrían que tragarse su propio humo, pero estaríamos en desventaja cuando tuviéramos que combatir contra el navío que se acercaba por babor.

El *Glorioso* había salido de Veracruz a finales de mayo con un cargamento de un millón de pesos fuertes para el Rey y tres millones más del comercio, además llevábamos un cargamento de dos mil quintales de cobre y una gran cantidad de grana fina, vainillas, bálsamo de Tolú, pieles, tinte y purga de Jalapa. En La Habana cargamos cacao y

azúcar para partir de ésta a finales de junio, un mes después de pelear con los vientos cambiantes del norte, estábamos cerca del final.

La travesía había transcurrido con total normalidad, buen tiempo y serenidad en un océano inmenso y desierto hasta que llegamos a las islas Terceras. A partir de allí se terminó la tranquilidad. Desde que nos avistaron, a la altura de la isla Flores, no habían abandonado la persecución. Iban escoltando una flotilla de cargueros cuando se lanzaron como lobos tras nosotros. La fragata era más rápida pero probablemente no hubiera intentado ni siquiera acercarse si estuviera sola, quería entorpecer nuestra marcha para dar tiempo a la aproximación de los otros navíos de su escuadra.

A nuestro comandante no le interesaba presentar batalla por la clara inferioridad numérica y sobre todo porque llevaba una carga importante de caudales que había que poner a salvo, por eso continuábamos rumbo Este. Estábamos a unas 200 leguas de Finisterre intentando alejarnos de los navíos perseguidores, pero era inevitable el encuentro, nuestro navío era un poco más lento y no tardarían en darnos alcance, por tanto mandó formar en cubierta a toda la dotación y al personal de transporte.

Mis palabras eran sinceras y como no quería ser descortés tomé la decisión de no hablar más de guerra. Lo pasado, pasado estaba, y no cabía pensar en inútiles venganzas, así que me centré en la sonrisa de miss Elisabeth que parecía estar feliz en la reunión. Su sonrisa me acompañó toda la tarde y cuando me despedí de la familia me pidieron que volviera cuando quisiera.

Ella había salido al padre, su piel blanca y el cabello rubio no tenían nada que ver con su madre, los ojos eran de un azul verdoso y brillaban con intensidad cuando me miraba. La fragilidad de su esbelta figura contrastaba con

su carácter. Cuando se enojaba de aquellos ojos salían chispas, y de aquella bonita boca maldiciones, poco apropiadas para una dama. Era una joven moderna que me sorprendía cada vez que me dirigía la palabra. Su sonrisa y simpatía despertaron en mi un sentimiento de ternura que hacía tiempo que no sentía.

Así comenzó una relación, que fue poco a poco, llevándome a donde yo no quería. Ella quería saber de mí y yo de ella. No era tan joven como aparentaba, estaba más cerca de los treinta que de los veinte y había tenido sus desengaños amorosos.

Dando largos paseos por la rivera, como todos los días que no llovía, hablábamos y hablábamos de cosas insignificantes, hasta que surgió lo inevitable.

–Los hombres creen que por ser mujer tengo que ser tonta – decía.

–A mí no me lo parecéis, creo que sois muy inteligente –contesté.

–¿Sí? ¿Lo creéis de veras, o es por complacerme? –dijo mirándome fijamente.

–No dudéis de mi palabra, soy un caballero español –dijo un poco enojado.

–Perdonadme, no era mi deseo ofenderos –dijo ella.

## **NOTA DEL AUTOR**

Esta novela de episodios bélicos, amor y aventuras, se desarrolla en un marco histórico en la que media Europa estaba peleando con la otra media, donde los aliados de hoy eran los enemigos de mañana, donde los Reyes y Gobiernos de países como Holanda, Francia o Inglaterra siempre vigilantes, en una ambición sin límites se disputaban la dominación de los océanos para monopolizar las rutas

marítimas y el comercio con América.

El protagonista y su familia, así como sus aventuras corsarias y amorosas son ficticios.

Todos los versos son extractos del Romancero Español.

FIN